

Serie
Isla de
Mure

2

Jenny Colgan



Un amor de
ida y vuelta



JENNY COLGAN

UN AMOR
DE IDA Y VUELTA

Traducción de Lara Agnelli

Título original: *The Endless Beach*

© Jenny Colgan, 2018

© por la traducción, Lara Agnelli, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Imagen del interior

© Angorius / Shutterstock

Primera edición: octubre de 2020

ISBN: 978-84-08-23296-4

Depósito legal: B. 13.407-2020

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rodesa

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Aunque según el calendario la primavera había empezado, Mure seguía siendo un lugar muy oscuro.

A Flora no le importaba. Le gustaba despertarse por las mañanas muy pegada a Joel cuando aún estaba oscuro. Él tenía el sueño muy ligero (Flora no sabía que antes de conocerla apenas dormía) y, normalmente, cuando ella se frotaba los ojos él ya llevaba un rato despierto. Su rostro, siempre tenso y alerta, se suavizaba al verla, y ella sonreía, de nuevo sorprendida, abrumada y un poco asustada por la intensidad de los sentimientos que él le despertaba y que la hacían temblar al ritmo de su corazón.

Adoraba incluso las mañanas más heladas, aunque tuviera que levantarse para ponerse en marcha. Las cosas se ven muy distintas cuando no te espera un largo trayecto hasta el trabajo, pegada a millones de personas que te echan gérmenes y te empujan, haciendo de tu vida un lugar mucho más incómodo.

Lo primero que hacía ahora al levantarse era remover el carbón de la estufa de leña que calentaba la preciosa casita donde se hospedaba Joel como empleado de Colton Rogers, el multimillonario dueño de media isla. Tras avivar el fuego, la habitación se volvía aún más acogedora, mientras la luz vacilante de las llamas proyectaba sombras en las paredes encaladas.

Joel había insistido en tener una carísima cafetera último

modelo en la estancia y Flora dejaba que él se ocupara del café mientras se conectaba al correo electrónico y hacía sus habituales comentarios sobre lo poco fiable que era la conexión a internet en la isla.

Después solía ponerse un viejo jersey y, con la taza de café en la mano, se acercaba a la ventana. Sentada sobre el viejo radiador de aceite (de esos que se suelen encontrar en los colegios, pero que a Colton le había costado una fortuna) contemplaba el mar. A veces, cuando soplabla el viento, la oscuridad quedaba rota por las puntas blancas de las olas. Y cuando el cielo estaba despejado, las estrellas brillaban con fuerza también por la mañana. En Mure no existía contaminación lumínica y a Flora las estrellas le parecían aún más grandes que cuando era niña.

Agarró la taza con las dos manos y sonrió al oír el agua de la ducha.

—¿Adónde vas hoy?! —gritó.

Joel asomó la cabeza por la puerta.

—A Hartford para empezar, vía Reikiavik.

—¿Puedo acompañarte?

Joel le dirigió una de sus miradas. Para él el trabajo no era un juego; se lo tomaba muy en serio.

—Va, venga. Nos lo podemos montar en el avión.

—No sé yo...

Colton tenía un avión privado que usaba para desplazarse y Flora estaba muy molesta porque se utilizaba exclusivamente para temas de negocios y no había viajado nunca en él. ¡Un avión privado! Aún le costaba imaginarse que alguien pudiera tener su propio avión. Pero Joel era insobornable cuando se trataba de temas de negocios; no aceptaba bromas sobre ese asunto. Bueno, en realidad, no era fácil bromear con él sobre nada y eso preocupaba un poco a Flora.

—Estoy segura de que las azafatas no se asustarían; tienen

que haber visto de todo —comentó, pero Joel estaba ojeando *The Wall Street Journal* y no la escuchaba.

—Volveré el viernes dentro de dos semanas. Colton está consolidando el..., bueno...

A Flora le habría gustado que él le contara más cosas sobre el trabajo, como cuando compartían casos en el bufete, pero no lo hacía. Y no era sólo por confidencialidad; en general era un hombre discreto.

Flora hizo una mueca de disgusto.

—Pero te vas a perder a los Argylls.

—¿Los qué?

—Son una banda. Están de gira y van a alojarse en El Refugio del Puerto. Son muy buenos.

—No soy muy aficionado a la música.

Flora se acercó a él. La música corría por las venas de todos los habitantes de Mure. Antes de que existieran los ferris y los aviones, la gente tenía que entretenerse sola y todo el mundo colaboraba con mucho entusiasmo en las reuniones, aunque no todos con el mismo talento. Flora bailaba bien y podía tocar el *bodhrán* —el pandero típico de la zona— si no había nadie mejor a mano. Su hermano Innes tocaba bien el violín, aunque no lo reconociera. El único de la familia que no tocaba ningún instrumento era Hamish, el grandullón. Cuando era niño, su madre solía darle dos cucharas para que hiciera lo que pudiera.

Flora lo abrazó por detrás.

—¿Cómo es posible que no te guste la música?

Joel parpadeó y la miró por encima del hombro. Era una tontería, un detalle insignificante en lo que había sido una niñez difícil. Pero cada vez que se mudaba a una nueva casa o a un nuevo colegio, se enfrentaba a la posibilidad de hacer algo mal que desatara la ira de sus compañeros. Tenía miedo de llevar la ropa inadecuada, de que le gustara el grupo incorrecto. Los gru-

pos se ponían y pasaban de moda con tanta rapidez que le resultaba imposible estar al día, así que se había mantenido al margen por completo.

Nunca había logrado reconciliarse con la música. No se atrevía a adentrarse en ella para descubrir si algún estilo le gustaba; no había tenido un hermano mayor que le marcara el camino.

Lo mismo le pasaba con la ropa. Sólo usaba dos colores: el azul y el gris —en tejidos de primerísima calidad—, no por una cuestión de elegancia, sino porque era lo más sencillo. Así nunca tenía que preocuparse por las combinaciones. Y no era que no hubiera tenido ayudantes. Había salido con tantas modelos que podría haberse sacado un máster en moda.

Se volvió hacia Flora, que se había acercado otra vez a la ventana para contemplar el mar. A veces a Joel le costaba distinguirla de su entorno. Su pelo eran las algas que se posaban en las pálidas dunas de sus hombros; sus lágrimas, la espuma del mar salpicando en la tormenta; su boca, una concha perfecta. No era una modelo; de hecho, era todo lo contrario. Era sólida como la tierra que pisaba. Era una isla, un pueblo, una ciudad, un hogar. La acarició con delicadeza, como si no pudiera creerse que fuera suya.

Flora reconoció esa manera de tocarla. A veces le preocupaba un poco que la mirara así, como si fuera una criatura frágil y delicada. No lo era en absoluto. Era una chica normal, con las mismas preocupaciones y defectos que cualquiera. Algún día él se daría cuenta de que ella no era una *selkie* ni ninguna otra criatura mágica que había aparecido para resolver sus problemas. ¿Qué pasaría entonces, cuando él se percatara de que era una persona normal, preocupada por su peso y que disfrutaba vistiendo como una pordiosera los domingos? ¿Qué pasaría cuando tuvieran que elegir la marca de lavavajillas? ¿Discutirían? Flora le besó la mano con delicadeza.

—Deja de mirarme como si fuera una ninfa.

Él sonrió.

—Es que para mí lo eres.

—¿A qué hora es tu...?

Siempre se olvidaba de que el avión de Colton no se ceñía a horarios como los vuelos comerciales. Joel miró la hora en su reloj de pulsera.

—Ahora. Colton tiene un cohete en el culo... Quiero decir, nos espera un día de mucho trabajo.

—¿Quieres desayunar?

Joel negó con la cabeza.

—Nos van a servir pan y *scones* de tu cafetería a bordo, ¿te lo puedes creer?

Flora sonrió.

—Sí, señor. Eso es un desayuno de categoría. —Flora le dio un beso—. Vuelve pronto.

—¿Por qué? ¿Te vas a ir a algún sitio?

—No —respondió ella tirando de él para pegarlo a su cuerpo—. No me voy a ninguna parte.

Lo contempló mientras se marchaba sin volver la vista atrás y suspiró.

Curiosamente, sólo mientras hacían el amor tenía la sensación de que él estaba presente al cien por cien, del todo entregado al momento, a su lado, respirando a la vez, moviéndose a la vez. Hacer el amor con él era distinto a todo lo que había experimentado hasta entonces. Había compartido cama con amantes egoístas, amantes fanfarrones y otros meramente incompetentes que habían arruinado su potencial por haber visto porno demasiado pronto, antes de ser hombres de verdad.

Sin embargo, nunca había experimentado una intensidad como la de Joel, que rayaba en la desesperación. Era como si tratara de colarse bajo su piel y encajar en ella por completo.

Sentía que lo conocía a la perfección, igual que él a ella. Pensaba en ello sin cesar y, sin embargo, compartían muy poco tiempo juntos. Y durante casi todo ese tiempo, no sabía por dónde andaban sus pensamientos. Seguía tan hermético como cuando se conocieron.

Un mes más tarde los días ya no eran tan oscuros aunque Joel seguía ausente, empalmando una reunión de negocios con otra. Ese día Flora también tenía un viaje, pero su destino no era tan interesante. Y, por desgracia, volvía a estar instalada en la granja.

Como adulta, no llevaba bien volver a dormir en la habitación donde se había criado, en su cama individual, junto a los viejos trofeos de danza escocesa que acumulaban polvo en las paredes. Además, le sabía mal pensar que, por mucho que madrugara, su padre y sus hermanos se levantaban mucho antes que ella para ordeñar las vacas.

Bueno, Fintan no. Tenía un gran talento gastronómico y pasaba casi todo el tiempo elaborando queso y mantequilla para la cafetería (y esperaba que pronto para el hotel de Colton), pero sus otros hermanos —Innes, el mayor, y Hamish, el fortachón— salían todos los días, con luz o sin ella, lloviera o nevara. Y por mucho que tratara de convencer a su padre de que no se esforzara tanto, él no le hacía ni caso.

Cuando trabajaba en Londres como pasante, sus hermanos se burlaban de ella llamándola «perezosa». Ahora que se encargaba de llevar la cafetería casi sin ayuda, había esperado que cambiaran su percepción de ella, pero seguían viéndola como una floja que se levantaba a las cinco de la madrugada, lo que para ellos era muy tarde.

Debería irse a vivir fuera de la granja. En el pueblo había

varias casas disponibles, pero la cafetería no daba para tanto. Podría haber tratado de reducir costes con los productos, pero no era capaz. Todo lo que se producía en la isla era increíble. La mantequilla fresca se batía en las propias granjas, el queso que elaboraba Fintan era asombroso, el pescado y marisco que ofrecían sus aguas cristalinas no tenían rival. Tenían la mejor lluvia del mundo, que hacía crecer la hierba que engordaba a las vacas. Todo era orgánico, y no era barato.

Lo primero que pensó al despertarse fue qué hora sería en Nueva York, donde estaba trabajando su novio, Joel. Todavía le sonaba rarísimo referirse a él como «su novio».

Él había sido su jefe, y había ido a Mure para resolver con ella un asunto legal para Colton Rogers. Pero no había sido solamente su jefe, sino también el hombre por el que había suspirado años, el tipo por el que se había quedado colgada desde la primera vez que lo vio. Por aquel entonces, él se pasaba las noches saltando de modelo en modelo sin fijarse en ella. Flora estaba segura de que nunca podría llamar su atención, pero al trabajar juntos el verano anterior había logrado atravesar sus barreras. Había conseguido derretir sus helados muros lo suficiente para que se fijara en ella. Y finalmente, Joel había dejado el bufete de abogados y había aceptado la oferta de Colton Rogers para trabajar en Mure.

El problema era que Colton tenía negocios en todo el mundo y, aunque le había asignado una bonita cabaña de caza restaurada cercana a La Roca (que todavía no se había inaugurado oficialmente), pasaba muy poco tiempo allí. Colton se había embarcado en una gira mundial, ocupándose de sus numerosas empresas millonarias y, al parecer, necesitaba tener a Joel a su lado todo el tiempo. Lo había visto poquísimas veces durante el invierno. En esos momentos se encontraba en Nueva York. Temas como instalarse en una casa propia o, simplemente, sentar-

se un rato para mantener una conversación ni se le pasaban por la cabeza.

Flora ya sabía que era adicto al trabajo —no en vano había trabajado para él durante varios años—, pero una cosa era saberlo de forma teórica y otra sufrirlo en una relación. Tenía la sensación de que sólo le dejaba las sobras, y pocas. Ni siquiera le había enviado un mensaje para desearle buen viaje a Londres, adonde iba para firmar su despido voluntario.

Flora había dudado de si podría mantener la cafetería abierta durante el invierno, cuando los turistas dejaban de visitar la isla y las noches se alargaban tanto que nunca acababa de hacerse de día del todo, y cuando la tentación de no levantarse de la cama en toda la jornada era francamente fuerte.

Pero, para su sorpresa, la cafetería había tenido clientes todos los días. Iban madres con bebés, y señoras mayores que quedaban allí para charlar con las amigas tomándose un *scone*. Además, el grupo de mujeres que tejían con la lana sobrante de las islas Fair y que hasta entonces se habían reunido en sus casas decidieron que La Cafetería junto al Mar se convirtiera en su local social. Flora nunca se cansaba de observar la velocidad y habilidad con la que esos dedos viejos y retorcidos reproducían los bonitos estampados.

Finalmente había asumido que aquello no era un pasatiempo temporal, sino su trabajo y su vocación. Era su hogar. Su empresa le había ofrecido una excedencia mientras trabajaba para Colton, pero el plazo había expirado y tenía que firmar la baja voluntaria. Joel tenía que acudir también, puesto que llevaba un tiempo trabajando en exclusiva para Colton. Flora se había estado resistiendo a viajar a Londres con la idea de poder hacer el viaje con Joel, pero nunca encontraban el momento de ir juntos.

Así que ayudó a Isla, una de las dos jóvenes que trabajaban con ella en la cafetería, a abrir el local. Lo habían repintado del mismo tono rosa pálido que había tenido en los buenos tiempos, antes de que el negocio anterior cerrara y empezara a deteriorarse. Ahora la casita quedaba perfecta al lado de El Refugio del Puerto, pintado de blanco y negro, de la tienda de aparejos de pesca color azul pálido y de las tiendas de recuerdos para turistas, de color crema, donde vendían gruesos jerséis de lana, figuras talladas en piedra y concha, *kilts*, mantas y todo tipo de prendas realizadas con tartán de cuadros. También tenían, por supuesto, figuritas de vacas de las Highlands y cajas de *tablet* y *toffee*, aunque casi todas las tiendas de recuerdos estaban cerradas durante el invierno.

El viento soplaba con fuerza y la salpicaba con una mezcla de espuma de mar y lluvia. Ella lo recibió todo con una sonrisa y echó a correr colina abajo desde la granja. El breve trayecto era todo el desplazamiento que tenía que hacer para ir al trabajo. Incluso en los días más fríos del invierno —que no le preocupaban demasiado, porque tenía un anorak acolchado a prueba de inviernos escoceses— no cambiaría ese trayecto al aire libre por el viaje en un vagón recalentado y abarrotado del tren o del metro, con el consiguiente flujo de humanidad que la empujaba por las escaleras. Calor, frío, empujones, más calor, más frío, más empujones. Y ya en la calle, gritos, riñas, coches que chocaban y hacían sonar las bocinas; mensajeros en bicicleta discutiendo con los taxistas, autobuses pasando a su lado a toda velocidad, panfletos publicitarios arrastrados por el viento junto con colillas y envoltorios de comida... No, pensó Flora, ni siquiera en mañanas heladas como ésa echaba de menos ir al trabajo en tren.

La Cafetería junto al Mar invitaba a entrar con la calidez de su luz dorada. Era un establecimiento sencillo, con diez mesitas

distribuidas por la estancia, todas distintas. El mostrador estaba vacío, pero pronto se llenaría de *scones*, pasteles, quiches, ensaladas caseras y sopas que Isla e Iona prepararían en la trastienda. La señora Laird, la panadera local, les dejaba dos docenas de barras al día, que se vendían rápidamente, y la cafetera nunca estaba parada demasiado tiempo. A Flora aún le costaba hacerse a la idea de que la cafetería existía gracias a ella. Al volver a su tierra y encontrar el recetario de su madre, Annie, abrir la tienda se había convertido en una decisión feliz, no en una huida desesperada o triste.

En un primer momento, le había parecido un salto muy trascendente, pero ahora, al mirar hacia atrás, le resultaba una decisión obvia, como si hubiera nacido para ello y nunca hubiera hecho nada más. Como si nunca se hubiera marchado de casa, dejando atrás a la gente que la vio nacer y crecer. Esa gente ahora era mayor, pero las caras eran las mismas, caras en las que se veía la herencia de las generaciones pasadas. Las cosas esenciales de su vida —Joel, la cafetería, la previsión del tiempo, la granja, que los productos fueran frescos— le resultaban mucho más importantes que el Brexit, el calentamiento global o el destino del mundo. No era que se hubiera encerrado dejando el mundo fuera, sino que se encontraba en proceso de renovación.

De muy buen humor, Flora sacó la mantequilla de la granja MacKenzie de la nevera —cremosa, saladita y capaz de hacer que uno se olvidara de la necesidad de untarle nada más por encima— y comprobó que la vajilla de loza estuviera lista. Una inglesa se había instalado en una casita, más allá de las granjas, y se dedicaba a elaborar cerámica en un horno de alfarería. Los platos, vasos y tazas que manufacturaba —en colores de la tierra: arena, gris, blanco hueso— eran perfectos para mantener caliente el café con leche. Tenían la base mucho más gruesa que el borde, que se afinaba y se combaba un poco para que fuera

más fácil beber. Habían tenido que colocar un cartel donde avisaban con mucho tacto de que las tazas estaban a la venta, para evitar que la gente las mangara. Se vendían tan bien que habían resultado ser una buena fuente de ingresos adicional tanto para la cafetería como para la alfarera que vivía junto a la carretera, pasada la granja de los Macbeth.

Cuando dio la vuelta al cartel para indicar que la cafetería estaba abierta, las nubes también se abrieron, haciendo que concibiera la esperanza de llegar a ver un par de rayos de sol acompañando a los vientos huracanados. Esa idea también la hizo sonreír. Joel estaba lejos y eso la ponía triste, pero, por otro lado, en cuanto se quitara de encima el estúpido viaje a Londres, tal vez podría convencer a Lorna para que vieran juntas un capítulo de alguna serie, como «The Only Way Is Essex», mientras compartían una botella de prosecco. No ganaba demasiado, pero sí lo suficiente como para pagar a medias una botella de vino espumoso. ¿Qué más se le podía pedir a la vida?

En la radio empezó a sonar una canción que le gustaba y Flora estaba tan contenta como una puede estarlo a mediados de febrero, pero entonces una sombra oscureció la puerta de entrada. Flora abrió la puerta a su primer cliente de la mañana, que entró para protegerse de la corriente del Ártico. Y en ese momento el buen humor de Flora se apagó un poco: era Jan.

Cuando Flora volvió a Mure, había conocido a un tipo agradable —muy agradable— llamado Charlie o, lo que era lo mismo, Teàrlach. Era monitor de actividades al aire libre. A veces guiaba a grupos de hombres de negocios, abogados y otros colectivos, y con el dinero que ganaba organizaba estancias en la isla para niños desfavorecidos.

A Charlie le había gustado Flora y ella, resignada a la idea de que nunca iba a poder estar con Joel, había coqueteado un poco con él, bueno, algo más que un poco. Se moría de la vergüenza

cada vez que se acordaba de lo rápido que había pasado del uno al otro, pero Charlie era un caballero y lo había entendido. Además, se había estado dando un tiempo con su chica de toda la vida, Jan, que, además de su novia, era su socia. Jan había resuelto que Flora era un putón desorejado que había provocado a su hombre y nunca se lo había perdonado. Al contrario, cada vez que se veían le daba su opinión de un modo decidido y ruidoso, sobre todo si estaban en público.

Por lo general, a Flora no le hubiese preocupado mucho el tema; pero, al vivir en una isla tan pequeña como Mure, era difícil no encontrarse con alguien. Y si ese alguien te atacaba cada vez que te veía, la cosa se volvía molesta.

Sin embargo, ese día parecía que Jan —una mujer alta, con el pelo corto, peinado de manera práctica y cómoda, una mandíbula decidida y la profunda convicción de que estaba salvando el mundo y de que el resto de la humanidad era una pandilla de inútiles holgazanes— estaba de buenas, porque la saludó con una sonrisa.

—¡Buenos días! —exclamó con entusiasmo.

Flora miró a Isla y a Iona, que, tan sorprendidas como ella por el cambio de actitud de Jan, se encogieron de hombros.

—Mmm, hola, Jan —dijo Flora.

Normalmente Jan la ignoraba por completo y les pedía lo que quería a las chicas, hablando en voz muy alta, como si Flora no existiera. Flora se había sentido tentada más de una vez de prohibirle la entrada en la tienda, pero no era aficionada a las prohibiciones y tampoco habría sabido cómo hacerlo. Además, mucha de la comida que se acercaba a su límite de caducidad acababa en los estómagos de los niños que acudían de visita con la empresa de Charlie y Jan, por lo que era absurdo mantener una guerra con ella.

—¡Hola!

Jan sacudió la mano izquierda de manera ostentosa. Al prin-

cipio, Flora pensó que estaba saludando a alguien en la calle, pero por suerte Isla estaba más puesta que ella en ese tipo de cosas.

—¡Jan! ¿Llevas un anillo de compromiso?

Jan se ruborizó, agachó la cara y mostró la mano con timidez.

—Entonces ¿vais a casaros Charlie y tú? —preguntó Isla—. ¡Es genial!

—¡Enhorabuena! —exclamó Flora, alegrándose de verdad. Le sabía muy mal lo que había pasado con Charlie. Saber que se sentía tan feliz al lado de Jan como para pedirle matrimonio era una muy buena noticia—. ¡Es fantástico, me alegro mucho!

Jan pareció sorprendida por la reacción de Flora, como si hubiera esperado que se tirara al suelo y se rasgara las vestiduras desconsolada.

—¿Cuándo será el gran día? —preguntó Iona.

—Bueno, lo único que sé es que será en La Roca, por supuesto.

—Si se abre al público —le recordó Flora; no sabía por qué Colton tardaba tanto en abrir el hotel.

Jan alzó las cejas.

—Oh, seguro que hay gente que sabe cómo poner las cosas en marcha por aquí. ¿Habéis hecho *muffins* de pasas hoy?

Flora, molesta, tuvo que admitir que no.

—Es una noticia fantástica —repitió, pero se arrepintió enseguida, porque no quería que Jan pensara que estaba tratando de que la invitaran a la boda. La verdad era que no le apetecía nada ir. La mitad de la isla la había visto paseando con Charlie el verano anterior y todos recordaban el berrinche que se había llevado Jan al encontrarlos besándose. Lo último que deseaba era que volvieran a empezar los chismorreos sobre ellos, ahora que al fin las cosas se habían calmado.

Así que regresó a su lugar, detrás del mostrador.

—¿Te pongo alguna otra cosa?

—Cuatro trozos de quiche. Bueno, sé que normalmente te excedes con el azúcar y que tiras demasiadas cosas a la basura...

Al parecer, la felicidad suprema no había cambiado la tendencia de Jan a verlo todo desde el ángulo menos favorecedor, pensó Flora.

—¿Perdona?

—Bueno —dijo Jan disimulando una sonrisa—, hemos pensado que tal vez te gustaría encargarte del catering para la boda.

Flora parpadeó. Estaba desesperada por tener encargos de catering. No parecía que La Roca fuera a abrir pronto y necesitaba más ingresos; entre otras cosas, porque quería pagar mejor a las chicas. Lo que no le hacía gracia era que todo el mundo la observara mientras Charlie se casaba, pero ¿qué más daba? En realidad no le importaba, al menos no tanto como el dinero. Además, se pasaría el día en un segundo plano, organizando todo en la cocina. Sí, sería la mejor solución.

—¡Por supuesto! —respondió—. Lo haremos encantadas.

Jan volvió a fruncir el ceño. A Flora se le ocurrió que Jan debía de haber pensado que a ella el plan le resultaría humillante. No acababa de entender de qué iba todo aquello, pero tenía claro que no iba a permitir que Jan la viera disgustada.

Jan se acercó a ella.

—Sería un bonito regalo de boda —le dijo.

Flora parpadeó en silencio, un silencio sólo roto por la campanilla de la puerta cuando entraron más clientes. Isla e Iona se acercaron para despachar, dejando la suficiente distancia prudencial para no verse involucradas en la incómoda conversación, pero no demasiada para no perderse los detalles.

—Ah —replicó Flora finalmente—. No, me temo que tendremos que cobraros, lo siento.

Jan asintió, como si sintiera lástima de ella.

—Entiendo que esto debe de ser muy duro para ti —le dijo, y Flora la miró fingiendo estar encantada—. Pero me imaginaba que, con ese novio rico que tienes, te gustaría tener un detalle con la gente de la isla.

Flora se mordió la lengua para no decirle que las cosas no funcionaban así. Que nunca se le ocurriría pedirle dinero a Joel. La sola idea de pedirle algo la horrorizaba. Nunca habían hablado de dinero. Su conciencia eligió ese momento para recordarle que no habían hablado de casi nada, pero la hizo callar.

Joel, que estaba acostumbrado a salir con mujeres que siempre querían que las llevara de compras, se había sentido aliviado al comprobar que Flora era distinta. Pero él daba por hecho que a Flora no le faltaba de nada, y eso tampoco era del todo cierto.

Flora no podía soportar la idea de que Jan y su familia, rica y bien alimentada, se dieran un banquete —con langostas, ostras, pan y mantequilla de primera calidad, buey de la isla y el mejor queso de la zona, con pasteles relucientes y nata fresca— mientras se reían a sus espaldas por no haber pagado ni un céntimo.

Flora envolvió los trozos de quiche y marcó el precio en la caja registradora sin decir nada más. Jan contó el dinero con parsimonia y una sonrisa condescendiente en la cara. Cuando al fin se fue, Flora le dirigió una mirada furiosa.

—Qué pena —comentó Iona.

—Esa mujer es un monstruo —refunfuñó Flora, que casi se había olvidado de su buen humor.

—Es que me apetecía ir a la boda —insistió Iona—, seguro que habrá un montón de chicos guapos.

—¿Es que sólo piensas en conocer chicos? —le preguntó Flora.

—No. Sólo pienso en conocer chicos que no sean pescadores.

—¡Eh! —protestaron unos pescadores que se estaban calen-

tando las manos con las grandes tazas de loza llenas de té caliente, acompañado con pan de soda recién horneado.

—Sin ánimo de ofender —se defendió ella—, pero es que siempre oléis a pescado y a todos os faltan dedos porque se os quedan enganchados en las redes, ¿me equivoco?

Los pescadores se miraron y asintieron, murmurando que el suyo era un trabajo duro y peligroso.

—¡Muy bien! —Flora alzó las manos—. Me espera un avión.